



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

Colorea el rectángulo y coméntalo con tu compañero/a

Luis Gómez Déniz



DIPLOMA 2019

Colorea el rectángulo y coméntalo
con tu compañero/a

Luis Gómez Déniz

Colorea el rectángulo y coméntalo con tu compañera/o

(Una historia de terror en las aulas)

Queso con Q

Tengo 81 años, y hoy es mi último día de trabajo. ¡Por fin llega el día de mi jubilación! Viene con penalización porque realmente es voluntaria. Si permaneciera trabajando *hasta el final*, no me aplicarían la penalización.

Algo increíble sucedió este último día de trabajo. Para que quede constancia a fe cierta, aquí va el relato de lo ocurrido.

Hace años que ya desaparecieron los exámenes esos en lo que había que demostrar todo lo que se sabía (o se creía saber) al estilo de una de estas maratones actuales tan de moda hoy en día. Llegaron a un extremo de dificultad que hasta las botellas de agua sobre el pupitre eran más necesarias que las propias calculadoras o el mismo conocimiento.

De repente todo cambió. Se decía que era –¡cómo no!— para bien. Claro, esto lo decían las/os expertas/os y uno es un tornillito más de esta inmensa maquinaria. Un tornillito defectuoso más -y ahora además, viejo-, pero un tornillito al fin y al cabo. Ya no era necesaria la botella de agua sobre el pupitre. Pero eso no quiere decir que volviera la calculadora. No había ni calculadora ni botella de agua. Muchas veces, ni siquiera había estudiantes o profesores en el aula, e incluso ni había aula como tal. Realmente lo normal es que todo fuera completamente virtual y, cuando escribo *todo* y *virtual*, quiero significar eso justamente: muchas veces todo el aprendizaje parecía/era más virtual que real. Pero todavía, en algunas ocasiones, había aula, estudiantes y profesoras/es.

Quizá esto se permitió para que no se abandonaran las instalaciones, antaño tan llenas de vida universitaria, de saber, de dudas, de la - sí, lo escribo- “arrebataadora juventud” (¡parezco un tornillito nostálgico!) ¡Ahh!, ¡qué recuerdos! Las charlas en las cafeterías (¡la cafetería!) no ya sólo con estudiantes sino con todo el personal que era preciso para hacer que la máquina funcionara: la biblioteca, el personal de administración y servicios. ¿Y qué decir de las conversaciones con los otros tornillitos? Para ser correctos, conversaciones y muchas veces más que conversaciones, auténticas disputas con todo tipo de tornillitos, tuercas y herramientas poderosas de mando y control. Nada que no se pudiera engrasar adecuadamente con una buena conversación de esas que dejaron de existir hace ya mucho tiempo, me refiero a las que se entablaban *mirando a los ojos*. ¡Ya está de nuevo el

tornillito nostálgico aflorando!. Volvamos al tema. ¿Cuál era?, ¡ah, sí!, que los exámenes ya no eran maratones.

Pero seamos justos. No todos los exámenes eran maratones. Esto, pese a la historia perversa que acompaña desde sus orígenes a la educación, no fue nunca así. ¿Cómo habríamos llegado hasta aquí si realmente sólo las/os campeonas/es de maratones fueran las/os únicos que acabaran las carreras?. Había, como en casi todo en la vida, un poco de esto y un poco más de aquello. Estaba el grupo A que presumía de “escachar” a toda la clase. Hoy resulta impensable y hartamente grotesco presumir de eso, ¡qué crueldad! Olvidémonos de que en un tiempo no tan lejano existió tal grupo a (sí, ahora, tras reflexionar un poco, lo escribo con letra minúscula). Luego estaba el Grupo B que tenía un éxito razonable en los resultados obtenidos (no pensemos que todo se reducía a un número obtenido en una prueba; no era así en los auténticos grupos B). Yo presumía para mis adentros de ser un tornillito del Grupo B. Me gusta recordar que la mayoría pertenecía a este Grupo B. También es conmovedor recordar que nadie alardeaba de pertenecer al Grupo B. Quizá porque de forma natural era lo esperado de una maquinaria que operaba bien. La vanidad era para el grupito a (ahora son ya grupito, pero no por ello un grupito de reducido número de integrantes).

¡Qué poca variedad!, solo grupito a y Grupo B. Realmente existía ya -antes del gran cambio- un Grupo C. En este grupo confluían diversas circunstancias difíciles de analizar. Pero, en general, no hay maratones que sean cuesta arriba desde la salida. Así, bienvenidos sean también los rellanos y alguna que otra cuesta abajo para recuperar energías. Eso sí, sin parar, ¡siempre avanzando!

Pero antes del cambio, poco a poco, los *dispositivos móviles* comenzaron a hacer de las suyas. Se dejó de hablar mirando a los ojos. Se dejó de participar en las clases. Se participaba desde casa o ¿desde la playa?, no se sabe bien. No importaba. Todo comenzó a ser distinto. Se decía “es que todo está en la red”. Sí, en la *red*. ¡Qué palabra tan precisa! Vale, la *red* tiene muy buenas cosas pero...Yo sinceramente desesperaba por los cursos “a lo Matrix”:

- Control, necesito un curso rápido de piloto de helicóptero.
- Insertado en su cerebro. Ya puede pilotar.

Pero eso no llegó nunca. La apatía y la desgana, ¡eso sí que llegó! Se pensaba que todo era fácil, y para satisfacer, se tuvo que hacer suficientemente fácil todo.

El cambio no solo fue total sino que, además, fue instantáneo. No hubo ventana de incertidumbre ni tiempo para reflexionar, solo para actuar. A todas/os sorprendió, o así quise creer. No podría haber imaginado que no fuera así, ¿cómo iba a dejar indiferente a nadie tal cambio?, ¿cómo desearlo? Pero sin duda, alguien lo tuvo que desear, soñar, anhelar, diseñar, ordenar ¿o tal vez la cadena siguió otro esquema: ordenar, soñar, desear y anhelar?, esto ya no importa. Se dice que incluso pudieran haber sido *las máquinas* las responsables del cambio. Que se volvieron inteligentes. Y nada como eliminar cualquier competencia futura. No importa realmente ya.

La cosa comenzó con un chistecito bien conocido que pululaba por las redes. Este chistecito de marras contaba la evaluación de la enseñanza (del paradigma de la enseñanza) en diversas épocas a través del ejemplo del rectángulito. Decía algo así:

(Ejemplo de examen) Antiguamente, te daban una figura irregular y te pedían calcular su área (problema de diversa dificultad en función de lo complejo de la figura y de los tiempos disponibles para su resolución). Luego la evolución pasaba por ir simplificando el problema. La siguiente generación - tras la correspondiente reforma educacional- se encontraba con que la figura irregular se reducía a un simple rectángulo. La siguiente generación ya encontraba la fórmula del cálculo del área (largo x ancho) y tenía que seleccionar el valor de un conjunto de valores (*multiple choice test*, gustaban llamarlo).

Recientemente, la prueba se redujo a “colorea el rectángulo y habla de ello con tu compañera/o”). Risas y carcajadas a más no poder. Pero, realmente las risas pronto dejarían paso a las lágrimas cuando, de forma sumárisima, se decidió que tal prueba era realmente eficaz y no sólo para evaluar algún tipo de enseñanza en particular, sino ¡TODA ENSEÑANZA!

Hubo la consabida mini-revolución, debates, quejas. Los centros privados lo aceptaron de inmediato y hasta lo promovieron. En los centros públicos hubo algo de resistencia, pero al final, dado el éxito que tenía tal prueba, se admitió de forma universal en todo el planeta (¡quién sabe si no también en todo el universo!). Con el paso del tiempo, fue necesario simplificar un poco más la prueba -se había vuelto complicada para el nivel reinante- y se redujo a “colorea el rectángulo con el color que se te indique”. Evidentemente, solo había que elegir entre dos colores y se daba todo el tiempo necesario para su finalización (hay documentado casos de 10 días para terminarla). Esta modificación, que además permitía que se consultase a una “demo/tutorial” *online* en el momento de tener que realizarla, fue de tal éxito que así ha permanecido hasta la fecha.

Como decía, hoy toca hablar de la prueba en cuestión. Era una de esas pruebas presenciales (¡qué denominación!) que validaba de una sola vez, con la prueba del rectángulito, todo el proceso de aprendizaje cursado.

Recorrí los largos corredores vacíos y fríos como los de un aeropuerto al anochecer. Me evadí con algún pensamiento para evitar los recuerdos “de siempre” hasta que llegué al aula donde se celebraba la gran, única y definitiva prueba que validada la enseñanza de estos 5 años de enseñanza no presencial.

Sí, ahí estarían no todas/os, si no los que no habían abandonado *todavía*. ¿Abandonar? Sí, así era, se abandonaba. Es decir, incluso con la prueba del rectángulito -que tenía un éxito del 100% y nadie era acusado de ser un profesor del Grupo C- había abandonos.

Y no se abandonaba en el kilómetro 1, ¡no! Crecían los abandonos a media maratón e incluso casi a término. Nadie lo entendía. Se encargaron multitud de estudios, se redactaron interminables informes, documentos, pero nadie daba con la clave. Uno tiende a pensar que se trataba de uno de esos problemas en los que la solución está ahí delante pero que nadie la consigue ver. Quizá era también cosa de las máquinas.

Bueno, el tema es que ahí estaban. Hacía tanto que no los veía “en directo”. Yo que era de los que alardeaba de conocerlos por su nombre (y muchas veces hasta conocía nombre y apellido de toda la clase y no sólo de una disciplina!). Y no me refiero a clases presenciales de 10 estudiantes, sino clases con 60, 80. Sí, pero el contacto era diario, continuo, y, bueno, ya se sabe; igual que ahora no me sé el nombre de las/los 3 estudiantes que tengo que evaluar.

Se trataba de la prueba donde cada estudiante ha de resolver -como figuraba en el documento del título- “una prueba de enorme dificultad que permitía asegurar que... y además reemplazaba a cualquier otra posible prueba y...”. Había un tribunal formado por 9 profesores no presenciales para evaluar el resultado de la prueba. Yo era el único que asistió personalmente.

No se puede decir que hubiera alegría en el tribunal, todo lo contrario. Había que realizar una única prueba en cinco años -¡y qué prueba!- y reinaba un ambiente de cansancio y desgana. O quizá de eso que yo denomino “PCI: prisa crónica injustificada”. Sí, no hablé de esto antes, ¡qué despiste! El PCI se había instaurado en casi todas partes, pero en el campo académico campaba a sus anchas. Nadie lo

había diagnosticado correctamente, porque probablemente no existiera y fuera una percepción deformada mía de la realidad en la que sobrevivía. Había siempre prisas por algo. Por nada en concreto, pero no había tiempo para nada. El PCI flotaba en la sala de la prueba del rectángulito. Afortunadamente, y tristemente digo esto, se permitía al profesorado que jugara con sus múltiples dispositivos comunicativos. A través de la gran pantalla *asistían* a la prueba. Eran simplemente lo que parecían: un conjunto de píxeles RGB de ultra-alta resolución. Además, eran víctimas del PCI. Casi todos preguntaron si se había presentado alguien. 5 años sin haber *visto de verdad* nunca a ningún estudiante y el PCI ya haciendo de las suyas. Con mala gana ni malamente disimulada, procedieron al ínfimo saludo protocolario mientras escuchaban música y seguían con sus asuntos. Se escuchó, a través del sistema de sonido de altísima calidad, a varios decir eso de “¡se presentó alguien!, ¡con las cosas que tengo que hacer!”. Y otras cosas que no me atrevo a reproducir.

La prueba era individual. Entró el primero de los 3 estudiantes. Realmente fue un año excepcional porque en los últimos 5 años no se presentó nadie. 3 estudiantes de un total inicial de 120 000 que habían comenzado los estudios, era todo un éxito. Probablemente, si había un pleno, se concederían premios a la Dirección, Vicerrectorados y demás. Al profesorado no se les daba ningún premio si todo iba como se esperaba. Pero, ¡ajo si las cosas no salían como debían salir! Rodarían cabezas y la mía, con total seguridad, sería la primera.

El primero, tras entrar a la sala, se encontró ante mí y se asustó. Dio un salto que me hizo dudar de mi teoría sobre la pereza que acompañaba al PCI. Estaba claro que no esperaba encontrar más que un conjunto de píxeles. Pero ahí estaba frente a frente, por primera vez en su carrera, frente a un profesor. Yo no me asusté, evidentemente. Me entretuve observando su reacción. Se quitó sus gafas de realidad virtual (nunca he podido saber cómo pueden caminar con ese *aparatejo*) y me escaneó de arriba a abajo. Se sentó en el único asiento mecanizado que había -conectado a no sé qué sistema para relajar la tensión-. Los dos lápices de colores estaban ahí (rojo y azul); uno a la derecha y el otro a la izquierda. Luego, tras un tímido intercambio de monosílabos *cordiales* volvió a sumergirse en su realidad, su mundo. El asiento giró y quedó de espaldas a mí (y a la gran pantalla). El sistema de sonido permitía que me escuchara y yo a él. Hizo *click* en un icono que flotaba por el aula y comenzó su gran prueba. Le tocó colorear el rectángulo con color azul. Agarró uno de los lápices de colores sin pensarlo e iba a comenzar a colorear, pero tres de los profesores del tribunal le aconsejaron que consultara un tutorial *online* antes para estar seguro. Así hizo. El tutorial consistía en un vídeo muy elaborado, donde

aparecía una especie de figura humanoide, con voz cálida que le explicaba desde lo que era un lápiz de colores hasta lo que era un rectángulo. El tutorial era interactivo. Así que el estudiante pudo preguntar qué color tenía que coger. Entonces, el tutorial proseguía de esta forma:

“Te ha tocado el color azul”. “No te preocupes, esto es muy sencillo. Mira a tu lado izquierdo. Si no sabes distinguir la derecha de la izquierda dime y te ayudo”. No fue necesario.

Hubo cierta polémica en su día entre la comunidad educativa si se podía ayudar a identificar esto de la izquierda y la derecha, que era algo sencillo, etc.... Pero, se apeló a la existencia de la dislexia y se incorporó al tutorial.

El estudiante número 1 agarró el lápiz de color azul. Se quedó con el lápiz en la mano sin saber qué hacer; bloqueado, y pidió ayuda al tutorial. “En la lámina verás una figura que llamamos rectángulo. Si no entiendes algo me dices y será un placer ayudarte”.

Nº 1 pidió ayuda y, tras una larga explicación -que no reproduzco aquí para no cansar al que me esté leyendo (¡si es que aún hay alguien!)- entendió. Volvió a quedar paralizado y, sin pedir ayuda, el sillón mecanizado extrajo una especie de brazo robótico donde –tras las consabidas explicaciones- Nº 1 apoyó su brazo y, de forma automática se resolvió con total éxito la prueba.

Nº 1 se levantó del asiento. Seguía con sus gafas virtuales puestas. Quedó esperando a que el tribunal se pronunciara. En verdad, tras acabar la prueba, recibió instrucciones para saber lo que tenía que hacer. “No olvides poner el lápiz en su lugar. Observa bien las marcas que hay en la mesa, la silueta impresa en la mesa y colócalo ahí. Si no sabes lo que es una silueta me dices y te ayudaré”. Esto era muy importante, pero no fue necesaria más ayuda. En total, la prueba había durado unas 2 horas.

Una sonora explosión de aplausos mezclados con pixeles y bits de sonido invadió la sala. Estaba claro que nadie quería que las cosas cambiaran. Estaban muy bien así. ¡Por fin un sistema que funcionaba a la perfección! A Nº 1 se le otorgó la calificación usual de Hiper Matrícula de Honor CUM LAUDE.

Seguidamente entró Nº 2. Todo aconteció de forma similar (salvo que le tocó colorar con color rojo, que tenía mala fama entre las/os estudiantes). Pareció escucharse un “me tienen manía”. Pero no puedo asegurarlo. También se asustó al verme. Tardó un poco más que Nº 1: 5 horas. Obtuvo la misma calificación de Hiper Matrícula de Honor CUM LAUDE. Aplausos de nuevo. Con más intensidad que anteriormente.

Hubo un receso para comer algo y entró N° 3.

N° 3 era una alumna. No se impresionó al verme, pero sí al ver a los píxeles evaluadores. ¡Claro!, no lo he explicado todavía, ¡mil disculpas! Aunque la prueba del rectángulito se explica desde el primer día de clases y se imparten clases especiales diarias 3 meses antes de realizarla, la puesta en escena final puede llegar a sorprender cuando no se ha visto antes. El caso es que N°1 y N° 2 en verdad repetían la prueba -8° y 12° intento respectivamente- porque se equivocaban al poner el lápiz justo en la silueta. Se salían un poco por aquí o por allá. Y eso no podía ser. Pero al fin la superaron exitosamente.

Para N° 3 era la primera vez. No traía sus gafas virtuales puestas. En realidad, no las traía. Me saludó “como se hacía antes” mirándome a los ojos. Esta vez el sorprendido fui yo. Apenas recordaba la última vez que había hablado con algún estudiante más allá del intercambio de los monosílabos protocolarios a través de las pantallas. Para ser sincero: nunca había visto a un estudiante de verdad desde que se instauró la prueba definitiva. Hubo cierto revuelo de píxeles. Exigieron que se comenzara la prueba de inmediato. N° 3 conocía bien el funcionamiento de la prueba. Agarró los dos lápices, la lámina y se sentó en el suelo. No es preciso detallar lo que estaba pasando en la pantalla de píxeles y sonidos de bits y bytes, pero por si acaso, lo relato.

¿Pero qué hace?, ¿se ha vuelto loca? ¡Nos van a tachar de malos profesores! ¡Nos van a subir el número de horas a impartir! ¡Nos harán a ir a mil cursos de reciclaje! ¡No puede ser!... Y cosas así.

N° 3 tenía que colorear el rectángulito de color azul. No pidió ayuda. (total, está loca, se oía decir).

Apoyó un lápiz en la figura, como si fuera a medir algo. Escribió algo, se levantó, se despidió dándome las gracias y se sonrió -no entendí bien su sonrisa, pero era muy dulce y picarona-, e hizo ademán de salir. Me dio tiempo a preguntarle su nombre, para no tener en mente que era simplemente N° 3. Me dijo que se llamaba Rachel, volvió a sonreír y se fue.

Me acerqué a ver lo que había escrito en la lámina. Había pintado una cara en perfecto color azul en el centro del rectángulo. Una cara sonriente de esas que pintan (¿o pintaban?) las/os niñas/os.

¡Hay que aprobarla como sea! Me pidieron que yo borrara lo que N° 3 había escrito y que coloreara el rectángulito tapando la cara. Todo ello entre gritos de auténtica angustia. Una voz “en off” me indicó que lo hiciera o si no me rebajarían la pensión un 75%. Pero no lo hice.

Se decidió por mayoría que la prueba había sido un total y retundo éxito. Al fin y al cabo, había coloreado el rectángulo. No perfectamente, pero ahí estaba el color azul. Se le otorgó la correspondiente Hiper Matrícula de Honor CUM LAUDE. La voz "en off" me ordenó que hiciera desaparecer la lámina. La recogí y la guardé en mi bolsillo, indicando que la depositaría en el incinerador de casa. De forma automática, el sillón mecanizado hizo salir una lámina nueva y la coloreó de forma impecable de color azul. Se archivó conjuntamente con las láminas de N° 1 y N° 2. La prueba había concluido y fue todo un éxito, como era de esperar.

Recogí la lámina y me la llevé. Ahí estaba la carita dibujada. Sin querer, descubrí que había escrito algo en la parte de atrás: en color azul, 62.54656728u2. No entendí lo que era. ¿Qué significaba ese número?, ¿y qué era eso de u2?, ¿era un código secreto? Yo mismo hacía tanto tiempo que no veía números en las láminas que ya no recordaba para qué servían. Regresé, caminando por los largos pasillos y pensaba en el número. No entendía nada pues si bien la prueba era siempre la misma, aparte de que había dos colores para que fuera más complicada, el tamaño de los rectángulos era completamente aleatorio y no había dos iguales. No pude dormir esa noche.

A la mañana siguiente: mi primer día de jubilación. Había empezado a los 23 años y tenía ahora 81. Por fin tendría tiempo para otras cosas. No más cursos ni burocracia infinita. Un mensajero me comunicó que se me aplicaría la penalización a mi mísera pensión. Pensé que malamente podría sobrellevar los 5 o 7 años que me quedarían de vida. Ya se vería.

Me senté al piano que había abandonado desde hace años. Pese a que no sufría de PCI, no había nunca tiempo para otra cosa que no fuera el trabajo. Me había quedado en el segundo compás de mi querido Claro de Luna, de Debussy. Con un poco de esfuerzo, llegaría a saborear el *rubato* que aparece en la segunda página antes de morir. Tenía la lámina de Rachel junto a la partitura. Seguía pensando en el dichoso número, agarré una regla que tenía por ahí y medí los lados del rectángulo: 5.4876, 11.3978. Agarré la calculadora sabiendo realmente que no era necesario. Nunca sabré cómo lo hizo.

Recordé aquella vieja película de replicantes y sueños rotos. Ahora, a mis 81 años, recuerdo con firmeza el pasado lejano mientras olvido rápidamente el presente. Era una de esas películas no-holográficas, sin olor. Una reliquia del pasado. "Rachel es especial". ¡Sí que lo era!